



**Foto de Daniel**

## **EL MELONAR ENCANTADO**

**Es la historia de un melonar encantado situado en la provincia de Segovia, en la carretera que va desde Fuentepelayo a Navalmanzano, en el término de Pinarnegrillo, rodeado de pinares, algunos resineros, que era un verdadero encanto, digno de elogio, para**

**un grupo de chicos y chicas que no pasaban de quince años, que habían formado una Peña llamada “Los Tapaagujeros”.**

**Con el mayor tesón y fuerte empeño, todos los domingos, después de Misa mayor se acercaban a él, pues su influjo y misterio les atraía hacia él, sabedores de que no se encontrarían a esas horas con el bostezo del dueño, o el rebuzno de su asno; además de que, para ellos y ellas, las sandías eran culos y los melones pepinos.**

**Del melonar, estos chicos y chicas, habían hecho un lugar de desahogo y desfogue lujurioso. Los mayores enseñaban a los pequeños a hacerse pajas, para, luego, al instante, verles, a los chicos mayores, hacer catas en las sandías con el pene, corriéndose dentro: y, a las chicas mayores, hacerle a los melones unas rodajas con un cuchillo, para, después, pasárselas plácidamente por su raja o Chumino; y comérselas sonrientes.**

**No creáis que invento ni que engaño. Nada de eso.**

**Cuando escuchaban las campanas de la Iglesia más cercana de estos tres pueblos, quizás la de Pinarnegrillo, sonando para llamar al rezo del Rosario a beatas y meapilas, a eso de las cinco de la tarde, se volvían a su pueblo de origen, Fuentepelayo, escuchando rebuznar, al momento de llegar, al borrico del dueño del melonar incitando a rebuznar a otros borricos del pueblo.**

**Al día siguiente, lunes, a la hora del bostezo del dueño del melonar incitando a otros del pueblo a bostezar; a la misma hora cuando canta el gallo, y empiezan a cantar otros, él venía a su melonar por ver cómo iban madurando sus melones y sandías, sabedor de lo que importa comprobar dignamente el esfuerzo y producto de su trabajo, confiado plenamente en su borrico que montaba.**

**Cuando se percató del destrozo que se había cometido en su melonar, puso el grito en el cielo, cagándose en la madre que parió a los grajos que pululaban y revoloteaban por entre pinares y el melonar, creyendo, a pie juntillas, que ellos eran los culpables de tal desaguisado, consolándose a sí mismo, y confiando en el espantapájaros que, al día siguiente, colocaría en el melonar con la figura de don Quijote hecha de hojalata, alambres y tornillos, que pondría en fuga a estos formidables grajos.**

**-Daniel de Culla**